



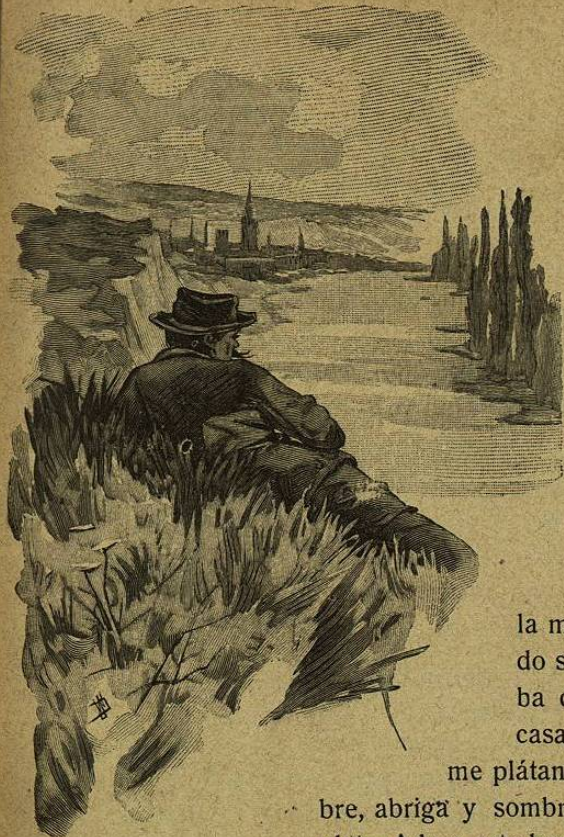
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PD 2349
H68

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Anto-
nio Marzo, San Hermenegildo,
32 duplicado. Teléfono 1.977.



EL HORLA

8 de Ma-
yo. — ¡Qué
día tan de-
licioso! He
pasado toda
la mañana tendi-
do sobre la hier-
ba delante de mi
casa, bajo el enor-
me plátano que la cu-

bre, abriga y sombrea por com-
pleto. Adoro este lugar y me agra-
da vivir en él porque tengo aquí mis raíces, las
profundas y delicadas raíces que nos unen á la tierra
donde nacieron y murieron nuestros abuelos, que
nos identifican con lo que se piensa y con lo que se
come, lo mismo con las costumbres que con los

alimentos, con los modismos locales, con las entonaciones de los campesinos, con los perfumes de la tierra, con el ambiente de los pueblos, con el aire.

Adoro la casa donde me crié. Desde sus ventanas veo correr el Sena lamiendo la tapia de mi jardín, junto á la carretera; el anchuroso río va de Rouen al Havre, cubierto siempre de barcos.

A la izquierda, y á lo lejos, Rouen, la ciudad espaciosa, con sus tejados azules, con sus innumerables campanarios góticos dominados por la veleta de hierro de la catedral, con sus campanas, que resuenan en el aire azul de los días claros, trayendo á mis oídos un dulce y lejano murmullo, su canto de bronce, ya resonante, ya débil, según que la brisa despierte ó se adormezca.

¡Qué mañana tan deliciosa!

A eso de las once cruzaron por delante de mi verja varios buques arrastrados por un remolcador del tamaño de una mosca, y que hipaba de fatiga, vomitando un humo espeso.

A la zaga de dos goletas inglesas, cuya roja bandera ondeaba en el aire, iba un soberbio bergantín brasileño, muy blanco, admirablemente limpio y resplandeciente. Lo saludé, porque su presencia me agradó.

12 de Mayo.—Hace días que me siento febril; estoy enfermo y, sobre todo, estoy triste.

¿De qué provienen esas influencias misteriosas que truecan en desaliento nuestra dicha y nuestra confianza en angustia? Diríase que la invisible atmósfera está llena de ignorados poderes, que nos hacen sentir su proximidad misteriosa. Me despierto alegre, con deseos de cantar. ¿Por qué? Bajo hasta la orilla del río, y después de un corto paseo, vuelvo desolado, como si temiera encontrar en mi casa una desdicha. ¿Por qué? ¿Acaso un escalofrío, estremeciendo mi piel, ha desquiciado mis nervios y entristecido mi alma? ¿Tal vez la forma de las nubes ó los reflejos del sol, ó el color tan variable de los objetos que se ofrecen á mis ojos ha turbado mi pensamiento? ¿Quién sabe? Todo lo que nos rodea, todo lo que vemos hasta sin mirarlo, todo lo desconocido que nos roza, todo aquello en que tropezamos sin hacer intención de tocarlo, todo lo que se nos aparece sin que hubiéramos pensado el verlo, todo ejerce sobre nosotros, sobre nuestros sentidos, sobre nuestro pensamiento, sobre nuestro corazón, una influencia rápida, sorprendente, inexplicable.

¡Qué profundo es el misterio de lo invisible! Nuestra pobre naturaleza no puede sonarlo; nues-

tros ojos no saben percibir ni lo muy pequeño ni lo muy grande, ni lo muy próximo ni lo muy lejano, ni los pobladores de una estrella ni los pobladores de una gota de agua...; nuestros oídos nos mienten, porque nos transmiten las vibraciones del aire, formando sonoras notas. Como hadas, hacen el milagro de convertir en ruido el movimiento, y por esta metamorfosis crean la música, en la cual aparece convertida en cántico la silenciosa elaboración de la Naturaleza...; nuestro olfato tiene una percepción mucho menor que el de un perro...; nuestro paladar apenas precisa los años que tiene un vino...

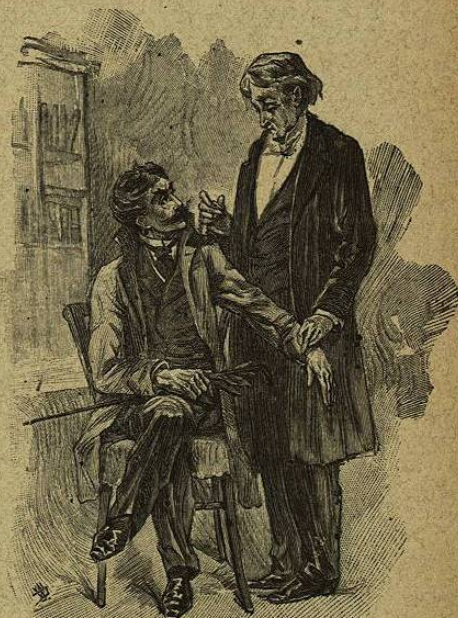
¡Ah! Si poseyésemos otros órganos que realizaran en ventaja nuestra otros milagros, ¡cuántos fenómenos descubriríamos alrededor!

16 de Mayo.—Estoy enfermo; ¡no hay duda! Y me sentía perfectamente hace un mes. Tengo fiebre, una fiebre devoradora, ó más bien, un enervamiento febril que abate mi alma tanto como mi cuerpo. Me abrumba sin cesar la sensación espantosa de un peligro imaginario; temo una desdicha que amenaza ó la muerte que se acerca, presentimientos que deben ser manifestación de una enfermedad desconocida que invade todo mi organismo.

18 de Mayo.—Acabo de consultar con un médico, porque ya no podía dormir. Encontró mi pulso al-

terado, mis pupilas dilatadas, mis nervios estremecidos; pero ningún síntoma alarmante. Debo someterme á las duchas y al bromuro.

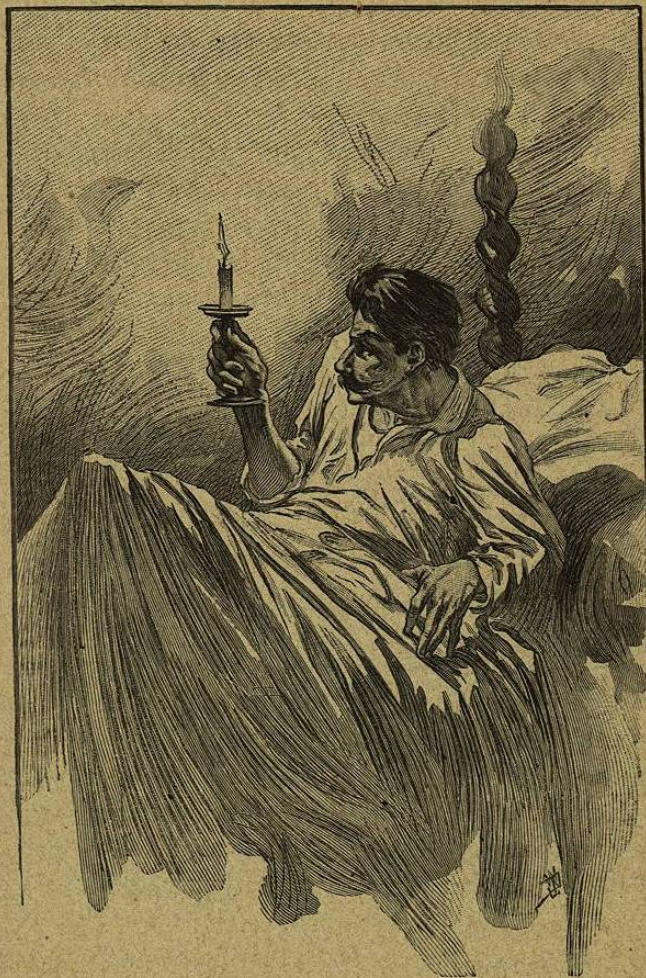
25 de Mayo.—¡Ningún alivio! Mi situación es muy extraña. A medida que se acerca la noche, una inquietud incomprendible me invade, como si la noche guardara para mí algo terrible. Como de prisa; intento distraerme con un libro; pero ni sé lo que leo, y apenas distingo las letras. Entonces, azorado, en un ir y venir inquieto, recorro mil veces mi sala, porque me impulsa un terror confuso, irresistible; temo dormir, temo acostarme.



A las dos próximamente me retiro á mi alcoba. Cierro con llave y cerrojo; tengo miedo. ¿Por qué? Nunca he temido así... Registro los armarios, levanto las ropas de la cama..., escucho..., ¿qué?... ¿Resultado extraño que una insignificante dolencia, tal vez un desequilibrio en la circulación, la irritación de un nervio, algo de congestión, una perturbación minúscula en las funciones—tan imperfectas como delicadas—de nuestro organismo, pueda convertir en melancólico al más alegre de los hombres y en cobarde al más valiente? Al fin me acuesto, esperando al sueño como si esperase al verdugo. Aguardo estremecido que llegue, y mi corazón golpea, mi carne tiembla bajo las ropas, á cuyo suave calor me sumerjo en el descanso, como pudiera sumergirme para morir en un pozo. No lo siento acercarse, como lo sentía en otro tiempo, á ese malvado sueño que se oculta cerca de mí, que me observa, que me agarra, cerrándome los ojos, abatiéndome.

Duermo mucho — dos ó tres horas—y sueño después. No es una pesadilla lo que me sobrecoge.

Comprendo que me hallo en la cama y dormido. Lo sé... y comprendo también que alguien se acerca, me mira, me toca, sube sobre mi cama, se arro-



dilla sobre mi pecho, me agarrota el cuello entre sus manos, y oprime, oprime.. con todas sus fuerzas para estrangularme.

Yo me rebelo, abrumado por la impotencia desastrosa que nos paraliza cuando soñamos; quiero gritar y no puedo; quiero incorporarme y no puedo; procuro con esfuerzos terribles, jadeando, cambiar de postura para sustraerme al peso que me ahoga, y no puedo. ¡No puedo!

De pronto me despierto enloquecido, sudoroso. Enciendo una bujía. No veo á nadie.

Pasada la crisis—que se renueva todas las noches—, duermo ya tranquilo hasta el amanecer.

2 de Junio.—Mi situación se agrava. ¿Qué tengo? El bromuro no me sirve de nada; las duchas no me hacen efecto. Queriendo fatigar mi cuerpo—tan abatido—hice algunas caminatas por el bosque Roumare, creyendo al principio que la frescura de aquel ambiente ligero y suave, lleno de perfumes, renovarí la sangre de mis venas dando energías á mi corazón. Seguí un largo camino de cazadores y tomé luego hacia La Bouille por otro muy estrecho, entre dos filas de árboles desmesuradamente altos que interponían una masa de verdura impenetrable casi negra entre mis ojos y el cielo.

Sentí un repentino estremecimiento; no un estre-

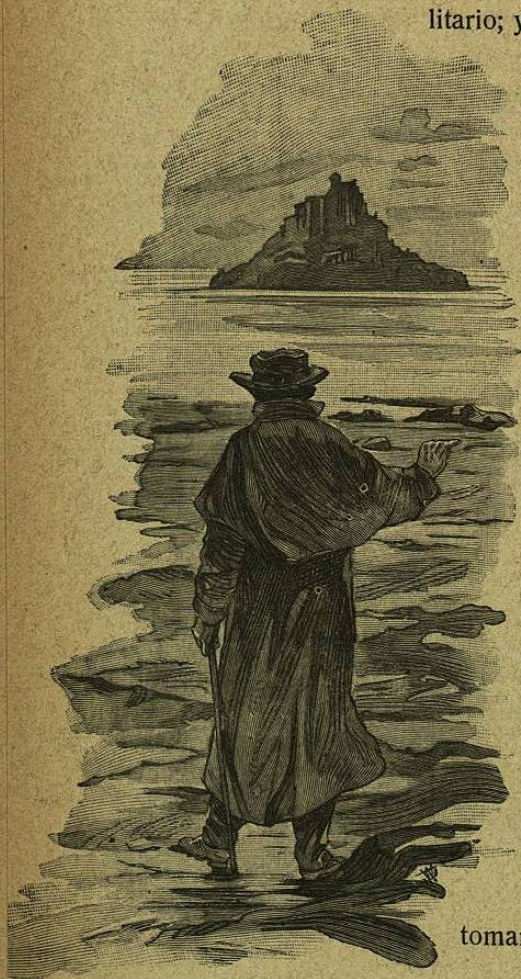
mecimiento de frío, sino un estremecimiento de angustia.

Me apresuré, inquieto de hallarme solo, en aquel bosque, acobardado sin motivo, estúpidamente, por la profunda soledad. Luego me pareció que me seguían pisándome los talones, muy cerca, tocándome. Volvíme bruscamente. No había nadie. Sólo vi á mi espalda la doble fila de árboles que bordeaba el camino recto y solitario, espantosamente so-



litario; y delante de mí extendíase de igual modo, recto y cerrado siempre, hasta perderse de vista, solitario y terrible.

Cerré los ojos. ¿Por qué? Comencé á dar vueltas muy de prisa, como un trompo. Vacilé, abrí los ojos, los árboles bailaban en torno mío, la tierra flotaba, tuve que sentarme. Luego no supe ya por dónde había ido. ¡Extraña idea! ¡Extraña! ¡Muy extraña idea! No supe ya por dónde había ido, y tomando hacia la dere-



cha llegué al camino que me internó en el bosque.

3 de Junio.—La noche ha sido espantosa. He resuelto ausentarme un mes. Un viajecito, sin duda, me repondrá.

2 de Julio.—Vuelvo curado. Hice una excursión encantadora. Fuí al monte de San Miguel, donde no había estado nunca.

¡Qué magnífico espectáculo cuando se llega á Avranches como he llegado yo al atardecer! La ciudad se asienta sobre una colina; me acompañaron al jardín que sirve de paseo público á un extremo de la población. Allí lancé un grito de sorpresa. Extendíase á mis ojos una bahía inmensa, perdiéndose á lo lejos entre las brumas dos costas divergentes, y en el centro de aquella inmensa bahía dorada, bajo un cielo de oro y de luz, elevábase puntagudo y sombrío el extraño monte, dibujando su perfil de fantástica roca, en cuya cumbre se levanta un fantástico monumento.

Al amanecer volví á la bahía. La marea baja me permitió avanzar; anduve algunas horas pisando siempre arena, con los ojos fijos en el sorprendente monasterio que se alzaba delante de mí. Al cabo llegué á la roca donde se acoge un corto vecindario al pie de la iglesia majestuosa. Encaramándome por la estrecha calle, pude admirar el más precioso

edificio gótico dedicado á Dios en la tierra, extenso como una ciudad, cuyas criptas parecen aplastadas por las resistentes bóvedas y cuyas altas galerías apoyan sus techos en delgadas columnas. Vi por dentro la gigantesca joya de granito ligera como un encaje de seda, erizada de torres, de esbeltos campanarios, á cuyas elevadas alturas conducen escaleras retorcidas, torres que horadan el cielo azul de los días, el obscuro cielo de las noches con sus cabezas coronadas de fantasías, de diablos, de animales quiméricos, de floraciones monstruosas, unidas entre sí por tenues arcos primorosamente labrados.

Cuando hube subido á lo más alto, dije al fraile que me acompañaba:

—Reverendo Padre, ¡qué bien estarán ustedes aquí!

Me contestó:

—Hace mucho viento, caballero.

Y hablamos, tranquilamente, mientras la marea subía cubriendo el arenal con una coraza reluciente como el acero.

El fraile me contaba historias de otros tiempos, leyendas referentes al monte de San Miguel; siempre leyendas.

Una sobre todo me impresionó. Los habitantes de aquella roca dicen que por la noche se oye ha-

blar en la playa desierta; además también dicen percibir los balidos de dos cabras, los de la una potentes, débiles los de la otra. No faltan incrédulos que atribuyan aquellas voces á las aves del mar; pero los pescadores rezagados juran haber visto vagando sobre las dunas entre las dos mareas á un viejo pastor que lleva siempre la cabeza metida entre la manta y que conduce á un macho cabrío con apariencias de hombre y á una cabra con hechuras de mujer; el uno y el otro tienen largos cabellos blancos y hablan sin cesar en un idioma desconocido, querellándose; luego interrumpen su diálogo y balan con toda su fuerza.

Le dije al fraile:

—¿Merece crédito esa historia?

Y el fraile contestó:

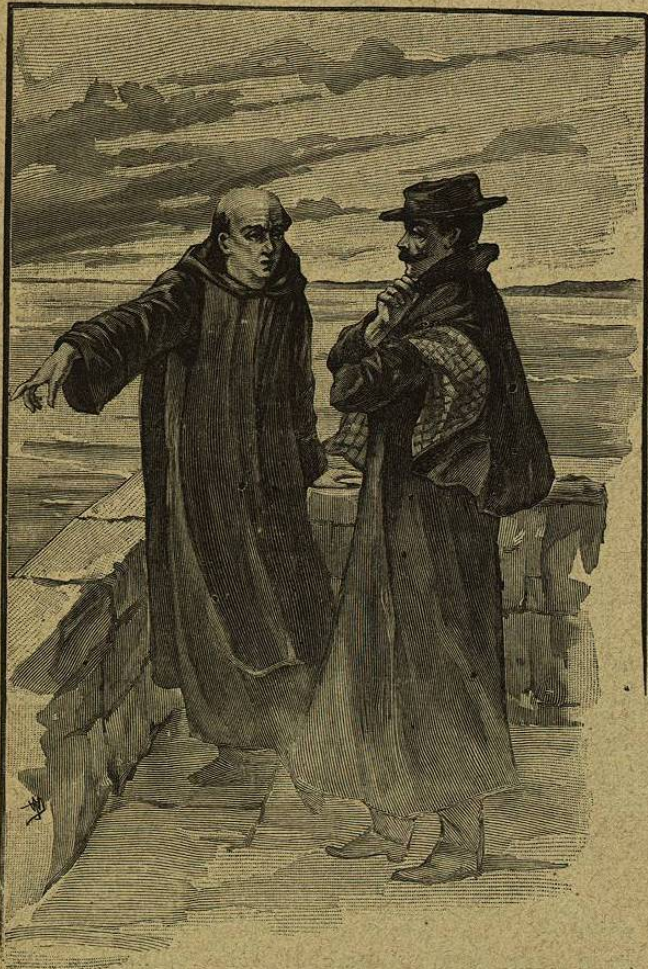
—Lo ignoro.

Insistí:

—Si existieran en este mundo seres distintos de nosotros, ¿no los conoceríamos hace tiempo? ¿Es posible que no los hubiera visto usted? ¿que no los viera yo?

Respondióme:

—¿Acaso vemos ni la cienmilésima parte de lo existente? El viento es una de las mayores energías de la Naturaleza; combate al hombre, derriba los



edificios, arranca los árboles, levanta montañas de agua en el mar, arroja las embarcaciones contra los escollos, silba, gime, ruge, mata; y sin embargo, ¿lo ha visto usted alguna vez? ¿Puede usted verlo? Y tampoco puede usted negar su existencia. Existe.

No supe replicar á tan sencillo razonamiento. Aquel hombre que hablaba conmigo era juicioso tal vez, ó tal vez necio; no pude precisarlo en aquel momento y me callé. Lo que me decía ya se me había ocurrido con frecuencia.

3 de Julio.—He dormido mal; seguramente hay aquí una influencia dañosa que produce calentura, porque mi cochero padece la misma enfermedad que yo. Al retirarme ayer le vi muy pálido, y le pregunté:

—¿Está usted enfermo, Juan?

—No consigo descansar; el sueño no me aprovecha, señor. Desde que se marchó el señor, me fatigo más de noche durmiendo que de día trabajando.

El resto de la servidumbre no se duele de nada, pero yo temo que la fiebre me vuelva.

4 de Julio.—No hay duda; la fiebre me agarrota de nuevo. Se reproducen mis antiguas pesadillas. La noche pasada sentí que alguien, agazapado junto á mí, poniendo su boca sobre mi boca, sorbía mi vida entre mis labios. Si; la sorbía como una san-

guijuela. Después, levantándose harto, desapareció, mientras yo me despertaba tan

dolorido, tan quebrantado y aniquilado, que apenas podía moverme. Si esto continúa, me veré obligado á emprender otro viaje

5 de Julio.—

¿Me habré vuelto loco? Lo que me ha pasado anoche me parece tan inverosímil, que pierdo el juicio al recordarlo.

Como tengo por costumbre, había cerrado con llave la puerta de mi alcoba;

luego sentí sed, y al tomar medio vaso de agua, pude advertir que la botella estaba llena.

Me acosté, y en cuanto me dormí, comenzó á torturarme una espantosa pesadilla, como todas las



noches; á las dos horas despertóme una sacudida violenta.

Mi situación era en aquel momento semejante á la de un hombre dormido al cual asesinan y que despierta con el cuchillo clavado en el pecho, jadeante, sangrando, ahogándose, moribundo, sin comprender la causa.

Cuando recobré la serenidad, sentíme otra vez sediento; encendí la bujía y me acerqué al sitio donde había dejado la botella. La cogí, la incliné sobre el vaso y no cayó ni una sola gota de agua; ¡estaba completamente vacía! De pronto no supe



cómo explicármelo, y luego sentí una emoción tan espantosa, que me desplomé sobre una silla; después levantéme de un brinco para mirar en torno; volví á sentarme loco de sor-

presa y de miedo contemplando la botella vacía, fijando los ojos en el cristal, queriendo comprender lo incomprensible. Mis manos temblaban. ¿Quién vació la botella? ¿Quién? ¿Yo mismo sin duda? La puerta estaba cerrada y allí no había nadie más que yo. Un fenómeno de sonambulismo; yo era sonámbulo; vivía, sin saberlo, esa doble y misteriosa vida que hace dudar si puede haber dos almas en un mismo cuerpo, si otro ser extraño, desconocido é invisible, se apodera de nosotros cuando nuestro espíritu duerme y nuestro cuerpo le sirve resignado, como á nosotros mismos, acaso más que á nosotros mismos.

¡Quién pudiera comprender mi angustia abominable! ¡Nadie comprende la emoción de un hombre de juicio sano, despierto, razonable, que mira con espanto una botella vacía donde se contuvo un poco de agua que desapareció sin saber cómo. Así estuve hasta el amanecer, no atreviéndome ni á mirar á mi lecho.

6 de Julio.—Me vuelvo loco. Me han vuelto á quitar toda el agua de la botella. Acaso la he bebido yo sin darme cuenta.

¿Pero es posible que sea yo y no me acuerde? ¿No será otro? ¿Quién? ¡Ah! ¡Dios mío! esto es volverse loco.

10 de Julio.—Acabo de hacer observaciones asombrosas.

No me cabe duda; estoy completamente loco.

El 6 de Julio, antes de acostarme, dejé sobre la mesa vino, leche, agua, fresas y pan.

Se bebieron—me bebí—toda el agua y un poco de leche. No tocaron al vino, ni á las fresas, ni al pan.

El 7 de Julio repetí la prueba y obtuve igual resultado.

El 8 de Julio suprimí el agua y la leche. Hallé intactos el pan, el vino y las fresas.

El 9 de Julio sólo dejé sobre la mesa leche y agua, teniendo la precaución de cubrir las botellas con una muselina blanca y de atar los tapones con un bramante; y cuando hube impregnado mis labios, mi barba y mis manos con polvos de lápiz, me acosté.

Como todas las noches, me abrumó un sueño pesado y terrible, seguido luego de un espantoso despertar. No me había movido en absoluto, ni en el embozo de la cama vi rastro alguno de mis dedos. Me levanté acercándome á la mesa; la muselina blanca tampoco se había manchado; desaté los bramantes, y advertí con horror que se habían bebido toda el agua y toda la leche. ¡Ah! ¡Dios mío!